

DONADEU

Cuento de realidad fantástica

Ariel Benzacar

Versión corregida | septiembre de 2026

CAPÍTULO 1: La termodinámica del barro y el dueño de la comisaría

Hay dos formas de medir la riqueza de una nación: los libros de economía te hablan del Producto Bruto Interno, las tasas de interés y el flujo de capitales; el monte santiagueño, en cambio, te la mide en pesos por kilo, en la cantidad de barro que necesitás para conseguir un balde de agua en mitad de la noche, y en el silencio sospechoso de la hora de la siesta.

La primera vez que pisé Donadeu entendí que la termodinámica no es una rama de la física, sino un estado mental.

Llegamos al atardecer. En 1993, Donadeu no era un punto en el mapa; era un bache en el espacio-tiempo. No había luz eléctrica, no había agua corriente, y los mosquitos tenían el tamaño de gorriones medianos y una agresividad que sugería que leían a Marx. En medio de esa penumbra de horno encendido, un silbato agudo rajó el aire del monte. Era la locomotora. No un tren moderno, sino un monstruo de metal negro, alimentado a vapor y leña, que arrastraba vagones tanque como si fuera un dios de hierro sediento cruzando el desierto verde.

Entonces empezó el ritual.

La gente del pueblo no esperaba a que el tren frenara del todo. Se abalanzaban sobre los vagones con baldes, palancanas, bidones de nafta vacíos y cacerolas abolladas. No era un reparto organizado; era un asalto consentido, una coreografía del caos. Alrededor del vagón cisterna, el agua que se derramaba se mezclaba inmediatamente con la tierra reseca, creando un barrial colosal, resbaladizo y tibio. Hombres, mujeres y chicos se patinaban, caían de boca al lodo, se levantaban riendo con los ojos llenos de tierra húmeda y seguían peleando por el chorro.

Hice un cálculo mental rápido, deformación profesional de mi carrera de ingeniería industrial: el setenta por ciento del agua se perdía en el suelo antes de tocar un balde. Aquello era entropía pura. Energía dispersa que no generaba trabajo útil, solo un juego comunitario de revolcarse en el lodo bajo las chispas y el humo de leña que escupía la chimenea de la locomotora. Para los santiagueños, sin embargo, el tren del agua no era una falla de infraestructura; era una fiesta pagana, el único momento del día donde el pueblo entero se unía en una ceremonia de supervivencia y barro.

Con los días descubriría que el pueblo tenía otras liturgias igual de misteriosas. A la hora de la siesta, cuando el termómetro rozaba los cuarenta y cinco grados a la sombra y el sentido común dictaba quedarse inmóvil, Donadeu registraba lo que yo llamaba “Movimientos Extraños”. De las casas de adobe empezaban a salir, con un sigilo de felinos, hombres y mujeres que llevaban una lonita prolijamente doblada bajo el brazo. Caminaban apurados, sin mirarse, y se internaban en la espesura del monte. No iban a hachar, ni a buscar leña. Iban a entregarse al amor sobre la lona, protegidos por el único testigo capaz de guardar un secreto en Santiago del Estero: el impenetrable bosque chaqueño. Aquello era el triunfo de la biología sobre el calor extremo.

—Bienvenido a tu herencia, nene —parecía decirme el viento caliente del norte.

Mi viejo y mi vieja eran dos soñadores profesionales. Tenían una fe ciega en el futuro, de esa clase de fe que primero compra el pasaje a la Luna y después se fija si inventaron el cohete.

A principios de los setenta, mi viejo —que era ingeniero agrónomo— andaba por Santiago del Estero intentando levantar un frigorífico. Un día, un colega le trajo de regalo un manojo de *pasto elefante*. Para cualquiera, aquello era un yuyo alto; para mi viejo, fue una revelación mística. Vio ese pasto y visualizó un imperio ganadero donde el resto del mundo solo veía espinas y lagartijas. Averiguó de quién eran esas tierras indómitas y llegó al nombre del dueño original: el Viejo Donadeu.

La historia de la provincia explicaba el pueblo. En la época de la Colonia, Santiago del Estero era el Chicago de las carretas. Como el camino real que unía Buenos Aires con el Alto Perú exigía maderas capaces de resistir viajes de meses por huellas intransitables, Santiago proveía la materia prima: quebracho, lapacho, itin. Cada madera tenía su función en la anatomía de una carreta. Pero ese camino colonial era apenas una línea de veinte metros de ancho desbrozada en medio del monte; más allá, reinaba la nada.

A principios de 1900, el ferrocarril abrió el juego. Al Viejo Donadeu le dieron miles de hectáreas fiscales para que proveyera durmientes a las vías. El tipo levantó un imperio: fundó el pueblo, construyó una pulpería gigante de ciento once habitaciones que funcionaba como almacén de ramos generales, y tendió vías de trocha angosta —el famoso Decauville— que se internaban en el monte para desangrar los árboles. Pero llegó Perón, impuso las leyes sociales y el orden laboral, y el Viejo Donadeu, ofendido en su orgullo de barón de la madera, decidió que antes de pagar un aguinaldo prefería prender fuego el mundo.

Vendió todo lo que pudo como chatarra, abandonó el pueblo a su suerte y se mandó a mudar.

Ahí entró mi viejo.

No teníamos un peso. Vivíamos en Caballito, y mi viejo acababa de comprar un terreno para hacernos una casa nueva. Sin dudarlo, vendió el terreno, le pagó la mitad de los campos al Viejo Donadeu y se quedó debiendo la otra mitad, confiando en que el universo proveería. Y el universo proveyó, bajo la forma dictatorial del general Onganía.

Por aquellos años, el gobierno militar decretó que la producción de vino de Mendoza debía pasar de parrales a contraespaldas. Para sostener las vides, cada viñedo de la Argentina necesitaba, de repente, un palito de madera dura. ¿Y qué madera resiste la humedad de la tierra mendocina sin pudrirse? El algarrobo. ¿Y quién tenía millones de palitos de algarrobo parados en su monte esperando ser cortados? Nosotros.

Con esos palitos pagamos la mitad del campo que faltaba y, de yapa, compramos una casa hermosa en Barrio Norte. Allí, mi mamá, Ruth Benzacar, continuaría una historia que parecía sacada de una novela de espías y bohemios.

Años atrás, mi viejo había sido un hombre sumamente rico gracias a un frigorífico con el que exportaba carne de caballo a Europa. En el apogeo de su fortuna, su hermana se puso de novia con un militante del Partido Comunista. En esa época, para financiarse, el PC vendía obras de artistas plásticos identificados con la izquierda: Antonio Berni, Lino Enea Spilimbergo, Juan Carlos Castagnino. Mi viejo, para apoyar a su hermana y que pudiera casarse tranquila, empezó a comprar esos cuadros en cantidad. Así fue como nuestra casa se llenó de obras maestras mientras mi mamá se dedicaba a la pedagogía infantil.

Pero el viento de la fortuna en Argentina cambia de dirección sin previo aviso. Mi viejo se enfrentó con un competidor gigante del sector de la carne de caballo que le plantó un ultimátum mafioso:

“O exportás bajo mi marca, o no exportás más”. Mi viejo, que tenía el orgullo tan duro como el quebracho, le dijo que se fuera al diablo. Y dejamos de exportar.

Pasamos de tener cinco autos importados estacionados en la puerta a movernos todos en un modesto Renault Gordini. Pero nos quedaba un tesoro: las paredes de casa estaban cubiertas de

Bernis y Spilimbergos. Además, durante sus años de vacas gordas, mi viejo había “adoptado” y protegido a varios pintores españoles que habían escapado de la dictadura de Francisco Franco. Gracias a ellos, en casa los domingos no se comía el clásico asado argentino; se comía paella, rodeados de artistas que discutían de política y estética entre el aroma al azafrán y el humo de los cigarrillos.

Cuando la crisis apretó, mi mamá intentó vender de a poco algunos de aquellos cuadros para sostener la economía familiar. Uno de esos pintores españoles exiliados la observó negociar con los coleccionistas y le dijo con su acento peninsular: “Ruth, tú tienes un talento único para esto. ¿Por qué no te dedicas profesionalmente a vender arte?”

Ese fue el chispazo divino. Así nació la galería Ruth Benzacar, que con el tiempo se convertiría en el faro del arte contemporáneo de la Argentina.

Pero la bonanza en este país nunca es una línea recta. Los palitos de vid dejaron de ser negocio, los durmientes que le vendíamos a Alfonsín quedaron boyando en un limbo de falta de pago del Estado que casi nos funde, y terminamos fabricando platos para asado y tablas de picar para los supermercados.

En 1993, a mi viejo le diagnosticaron un cáncer de pulmón y yo tuve que tomar la posta. Por entonces era un ingeniero industrial prolijo, gerente de recursos materiales de Chingolo, una distribuidora de cubiertas gigante con cincuenta y cuatro sucursales en todo el país. Manejaba presupuestos millonarios, logística de precisión, camiones que llegaban a horario. Estaba cómodo.

Hasta que mi vieja me psicopateó con esa maestría que solo las madres —y en especial las galeristas de carácter templado en el mercado del arte— poseen.

—Tu padre dejó su vida en ese monte, nene. No podés dejar que todo se pierda. Tenés que ir.

Y fui.

Lo que encontré al hacerme cargo era un desastre que facturaba, con suerte, seis mil dólares al mes. La fábrica estaba parada, las deudas se acumulaban y el catastro de la provincia de Santiago del Estero demostró tener el mismo rigor científico que un horóscopo.

Un lunes por la mañana, mientras intentaba descifrar cómo pagar la quincena vendiendo postes de alambrado, escuché el ruido de una camioneta vieja que frenaba frente a la oficina de la fábrica. Se bajó un tipo de traje gris arrugado, con un maletín de cuero gastado y el aura inconfundible de la burocracia estatal.

Era el inspector de Rentas de la provincia.

—Buenos días, ingeniero Benzacar —dijo, acomodándose los anteojos con un dedo—. Vengo por el impuesto inmobiliario de las parcelas urbanas de Donadeu.

Lo miré sin entender.

—¿Qué parcelas urbanas? —pregunté.

El tipo abrió el maletín y sacó un plano catastral amarillento, lleno de sellos y manchas de café. Lo extendió sobre mi escritorio.

—Todo esto —dijo, señalando con una uña sucia—. El pueblo de Donadeu está dentro de las escrituras de su campo. Por ende, usted es el titular registral. Y debe los impuestos inmobiliarios de los últimos años.

Seguí la uña del inspector sobre el plano. Sentí que el piso se movía.

—Espere un minuto —dije, frotándome las sienes—. ¿Me está diciendo que yo soy el dueño de la escuela pública?

—Sí, señor. Figura a su nombre.

—¿Y del puesto sanitario donde atiende el médico rural?

—También.

—¿Y de la comisaría? ¿La policía de la provincia está usurpando mi propiedad?

—Técnicamente, sí. Y de los tres planes de viviendas sociales que construyó el Instituto de la Vivienda del Estado el año pasado. Todo está dentro de su catastro. Así que tiene que pagar el impuesto inmobiliario de todo el pueblo.

Me quedé mirándolo. La situación era tan desopilante, tan espectacularmente absurda, que sentí una repentina oleada de orgullo feudal. Era el dueño de una comisaría. Si quería, podía cobrarle alquiler al comisario o mandar a los calabozos al que me cayera mal. Pero la factura que me presentaba el inspector tenía demasiados ceros para mi famélica caja diaria de seis mil dólares.

Apoyé los codos en la mesa, entrelacé las manos y lo miré con mi mejor cara de gerente corporativo de Chingolo que acaba de descubrir un vacío legal.

—Mire, agente —le dije, bajando la voz como si le estuviera revelando un secreto de Estado—. Ustedes tienen una suerte loca de que yo sea un tipo con clara conciencia cívica y un tipo decente.

El inspector parpadeó, desconcertado.

—¿Por qué lo dice?

—Porque si yo fuera un hijo de puta, agarro este catastro, voy a un juzgado en Buenos Aires, pido el desalojo inmediato de la escuela, de la comisaría, del médico y de las cincuenta familias que viven en las casas del Estado, y le armo a la provincia el quilombo político más grande de su historia. Van a salir en los diarios de todo el mundo: “Terrateniente porteño desaloja a la policía de su propio pueblo”.

Al tipo se le borró la suficiencia burocrática de la cara. El traje gris pareció encogersele dos talles. Miró el plano, me miró a mí y tragó saliva.

—Pero... pero el impuesto hay que cobrarlo... —balbuceó, sin convicción.

—Hagamos una cosa —le sugerí, dándole una palmadita amistosa en el hombro—. Agarre este expediente de Rentas, lléveselo de vuelta a la capital, y póngalo bien, pero bien abajo de todo en su escritorio. En el fondo del cajón más profundo que tenga. Así nos ahorramos un conflicto geopolítico internacional. ¿Le parece?

El inspector de Rentas me miró como si acabara de salvarle la vida. Guardó el plano catastral a la velocidad del rayo, cerró el maletín con un clic seco y se despidió con una timidez casi escolar.

Nunca más volvimos a saber de Rentas de la provincia.

Volví a mirar por la ventana de la oficina hacia el monte. Afuera, el calor de las doce del mediodía hacía temblar el horizonte. Un hachero pasaba caminando despacio, con un hacha al hombro y una fotocopia arrugada saliendo del bolsillo de su camisa de grafa: una carta firmada por el gobernador Juárez que el empleado guardaba como si fuera un amuleto sagrado contra la mala suerte.

Sonreí. Estaba claro que en este lugar las leyes de la economía tradicional no aplicaban. Si quería transformar este stock de maderas duras en riqueza real, iba a tener que inventar mis propias reglas de juego.

Y para eso, primero tenía que aprender a domar al quebracho blanco.

CAPÍTULO 2: La Alquimia del Rejunte

Según mi libro *Riqueza, el comienzo del camino*, la riqueza no es lo que tenés acumulado bajo tierra, sino lo que sos capaz de hacer con eso antes de que se pudra o se retuerza. El stock es pasivo; la transformación es activa, ruidosa y, en el caso de Donadeu, peligrosamente divertida.

Para transformar el monte santiagueño en algo que la civilización estuviera dispuesta a pagar en pesos por kilo, yo tenía dos opciones: gastar tres millones de dólares que no tenía en tecnología italiana, o convertirme en un doctor Frankenstein de la ingeniería industrial junto a mis dos únicos aliados: el tornero y el herrero.

Elegimos el camino de la chatarra y la gloria.

Todo empezó con una llamada de don Gil, el alma máter de Supermercados Norte (mucho antes de que los franceses de Carrefour vinieran con sus planillas de Excel a comprarlo todo). Don Gil era un tipo extraordinario, de los que ya no vienen: un empresario con calle que defendía la industria nacional no con discursos, sino con compras.

En pleno auge de la importación indiscriminada en Argentina, don Gil había traído de China un contenedor entero de perchas de madera. Las puso en las góndolas y se agotaron en una semana. Como nosotros ya le proveíamos las tablas de picar y los platos para asado, el tipo olió el negocio y me citó en su oficina.

Me puso una percha de madera importada sobre el escritorio. Tenía curvas suaves, un gancho de metal cromado y un lijado perfecto.

—Benzacar, ¿qué hacemos con esto? ¿Se puede fabricar acá? —me preguntó, mirándome por encima de los anteojos.

Agarré la percha. La sopesé. La miré de arriba abajo, analizando las vetas.

—Mire, don Gil —le dije, serio—. Esto no nace de los árboles. Esto es una percha, pero detrás de esto hay una fábrica entera que hoy no existe. Déjemela veinticuatro horas y le digo.

Al otro día volví a su oficina.

—Don Gil, tengo la respuesta. Cada percha le va a salir un millón de dólares.

El viejo casi escupe el café.

—¿Cómo un millón de dólares, Benzacar? ¿Estás loco?!

—Es que las perchas no se hacen solas, don Gil. Tengo que construir la fábrica de cero y no tengo un mango. Así que la primera percha me va a costar un millón de dólares. Ahora, si usted me tiene paciencia, yo le prometo que las primeras perchas que le entregue no van a ser las más lindas del mundo, pero van a cumplir la función. Dígame cuánto le cuesta a usted esa percha china puesta en la puerta del supermercado, y yo se la entrego a ese mismo precio. Pero me tiene que bancar el desarrollo.

Don Gil me miró fijamente. En sus ojos vi esa misma chispa de timador romántico que tenían mis viejos.

—Trato hecho, nene. Arrancá.

El primer problema de mi nueva vida como fabricante de perchas era que el mercado tecnológico me quería cobrar tres millones de dólares por una planta “llave en mano” con maquinaria italiana de última generación. Fui a ver a los representantes de estas empresas, estudié sus folletos satinados y miré los croquis de las máquinas como quien mira un mapa del tesoro.

Ahí fue donde se me encendió la lamparita de ingeniero.

Me di cuenta de que el secreto del balance de toda la fábrica no estaba en el diseño aerodinámico de las máquinas europeas, sino en algo mucho más simple: **la velocidad de corte de las herramientas**. La productividad del sistema dependía de la velocidad con la que el metal devoraba la madera. Y la madera que yo tenía para trabajar era el quebracho blanco, una sustancia tan hostil que parecía diseñada por el mismísimo diablo para desafiar las leyes de la física.

—Si el secreto está en la herramienta y no en la carcasa —les dije al tornero y al herrero—, vamos a comprar las mejores herramientas del planeta y las vamos a meter en los cuerpos de las máquinas más viejas y baratas que encontremos.

Me fui a la Feria de la Industria de la Madera en Buenos Aires. Mientras los grandes empresarios miraban las computadoras de control numérico, yo iba al puesto de las herramientas de corte. Compré lo más avanzado que existía: insertos de metal duro (vidia), fresas de alta velocidad y lijas de circonio de grado espacial.

Después, salí a cazar chatarra. Compré máquinas de principio de siglo, monstruos de hierro fundido de 1910 que pesaban toneladas y que habían sobrevivido a dos guerras mundiales. Con el tornero y el herrero destripamos esos armatostes. Les modificamos las velocidades a los “muñecos” de las

herramientas, les adaptamos motores modernos y les injertamos los dientes de vidia.

El resultado era una estética *steampunk* criolla que daba miedo. Las máquinas rugían como aviones de caza y escupían chispas y aserrín a velocidades delirantes.

Un día, unos inversores italianos que habían comprado un campo vecino dedicado a la madera vinieron a chusmear nuestra fábrica. Cuando entraron, se agarraron la cabeza. Venían de traer maquinaria de Italia que no les funcionaba porque el monte santiagueño se las rompía. Miraban nuestros engendros híbridos con una mezcla de pánico y admiración.

—¡*Madonna santa!* —decía uno, gesticulando con las manos—. ¡Esto en Italia es ilegal! Allá te acercás a tres metros de una máquina y los sensores de seguridad láser te la apagan por completo.

¡Acá te descuidás y te decapita una fresa de vidia a diez mil revoluciones!

Pero cuando miraron las planillas de producción y vieron que fabricábamos diez veces más que ellos con una inversión de trescientos mil dólares en lugar de tres millones, se les cayó la mandíbula al piso. Habíamos vencido a la tecnología europea con imaginación, audacia y absoluta falta de respeto por las normas de seguridad de la Comunidad Europea.

El segundo enemigo a vencer era el temperamento del quebracho blanco.

El quebracho blanco es una madera hermosa, pero tiene un complejo de hélice de helicóptero insoportable. Vos cortás una tabla perfectamente recta, la dejás secar a la intemperie y, en cuanto te diste la vuelta, las fibras internas empiezan a tirar para lados opuestos. A la semana, la tabla se retorció tanto que sirve para todo menos para hacer una percha o una tabla de picar.

La causa física de esta rebeldía es la lignina y la tremenda higroscopicidad de la madera, que retiene el agua como si fuera un tesoro. Para domesticar este árbol indomable, tuvimos que recurrir a un secuestro exprés.

Mi viejo, en uno de sus arranques de visionario, había comprado años atrás un autoclave oxidado con la idea de hacer una planta de creosotado (un tratamiento para que los postes de luz no se pudran bajo tierra). El autoclave estaba ahí, tirado en el fondo del predio, como un submarino de bolsillo oxidado.

—Vamos a hacer un exorcismo —les propuse a los muchachos.

Metíamos la madera recién cortada dentro del autoclave y la sometíamos a un proceso de hiperhidratación. Básicamente, la ahogábamos a presión para que las fibras se relajaran. Inmediatamente después, la sacábamos chorreando y la metíamos en un secadero violento. Pero violento en serio, una tortura térmica que le extraía el agua en una semana, un proceso que en cualquier manual forestal normal del hemisferio norte te diría que lleva entre uno y dos meses.

Bajo esa presión extrema, la madera sufría un colapso de personalidad. Quedaba, literalmente,

tarada. El quebracho se olvidaba de sus tensiones naturales, se rendía ante nuestra voluntad y se quedaba manso, recto y plano para siempre.

Gracias a ese “tratamiento psiquiátrico” de la madera, fabricamos platos y tablas de picar indestructibles. Hoy, cincuenta años después, voy a casas de amigos en Buenos Aires y todavía me sirven el asado sobre las tablas de quebracho de Donadeu, intactas, sin una sola rajadura.

Lo más irónico de todo esto es que, mientras nosotros hacíamos este milagro termodinámico en medio de la nada, la Universidad de Santiago del Estero tenía un departamento forestal modelo. El Estado mandaba a los docentes a hacer doctorados a Alemania y les equipaba laboratorios con tecnología de la NASA que costaba millones de pesos. ¿Saben cuántos doctores o investigadores universitarios vinieron alguna vez a Donadeu a ver cómo carajo hacíamos para secar el quebracho blanco en siete días sin que se destruyera?

Exacto: ninguno. Preferían seguir discutiendo la teoría del bosque bávaro en sus oficinas con aire acondicionado. Vergonzoso, pero típicamente argentino.

El clímax de nuestra alquimia de rejunte llegó el día en que tuvimos que fabricar la copiadora de perchas.

Para darle la forma curva y el rebaje exacto a la madera, necesitábamos una máquina copiadora que siguiera un molde. Las importadas costaban una fortuna. Estábamos con el tornero y el herrero rascándonos la cabeza frente a una montaña de chatarra, buscando una solución.

—Ingeniero —me dijo el tornero, un tipo callado que hablaba solo cuando la física lo exigía—. Yo tengo un palier de Citroën 3CV tirado en mi casa. ¿Y si usamos eso?

Lo miré como si me estuviera proponiendo viajar en el tiempo.

—¿Un palier de Citroën? ¿Cómo?

—Piense, ingeniero. El palier tiene un punto fijo de articulación. Si fijamos ese punto, la masa de la rueda se mueve imitando el movimiento de una suspensión cuando agarra un pozo. Si en vez de una rueda le soldamos una planchuela de hierro de diez milímetros con el perfil exacto de la percha diseñado en el borde, podemos usar un palpador. Mientras el palpador recorre la planchuela, el palier transmite ese movimiento exacto a una fresa de alta velocidad que va tallando la madera.

Me quedé mudo. Hice el cálculo geométrico en el aire con los dedos. Era una genialidad absoluta. Una solución de cinemática pura digna del MIT, pero resuelta con repuestos del auto más barato de la historia argentina.

Nos pusimos a trabajar. Yo iba una semana al mes a Donadeu. Llevaba los materiales, los motores y las herramientas sofisticadas que compraba en Buenos Aires, y nos encerrábamos en el taller. No había planos, no había computadoras. Había un motor, una terraja improvisada, un palier de Citroën, un montón de hierro viejo y tres tipos discutiendo sobre vibraciones mecánicas.

El herrero tenía un oído místico. Cuando encendíamos un prototipo y la máquina empezaba a vibrar a un ritmo que amenazaba con desintegrar el techo de chapa, el tipo se acercaba despacio. Apoyaba la palma de la mano sobre el chasis de hierro fundido, escuchaba el lamento del metal, agarraba un martillo pesado y le daba tres golpes secos (“¡tag, tác, toc!”) en lugares aparentemente aleatorios. Al instante, la máquina entraba en una armonía perfecta, el zumbido se estabilizaba y empezaba a girar con la suavidad de un motor de Rolls-Royce.

A veces, yo me pasaba horas buscando una terraja importada para hacer una rosca específica y me volvía loco con las especificaciones técnicas. El tornero me miraba de reojo, agarraba un hierro viejo que tenía la rosca parecida, lo soldaba con otro pedazo de chatarra, lo pasaba por el torno y en diez minutos me ponía la pieza terminada en la mano.

—Listo, ingeniero. Ahí lo tiene.

Yo lo miraba, miraba el engendro perfecto que acababa de crear, y no sabía si abrazarlo o insultarlo.

—¡Hijo de una gran puta! —le decía, riéndome—. ¡Que sea la última vez que pensás una solución mejor que la mía, ¿entendiste?!

Los pibes se mataban de risa y se les inflaba el pecho de orgullo. Ellos no entendían la física teórica ni las leyes de la termodinámica que yo leía a la luz del candil por las noches, pero entendían la materia. Estábamos jugando en dos

dimensiones distintas que se acoplaban perfectamente gracias al respeto mutuo y al trabajo codo a codo. Habían ganado una confianza infinita en mí, y yo en ellos. Sabíamos que, si nos caía un meteorito encima, probablemente el tornero le soldaba un palier de Citroën y lo poníamos a fabricar perchas para el espacio exterior.

Cuando la copiadora casera empezó a andar, escupiendo perchas perfectas a un ritmo frenético bajo la mirada atónita de los tucumanos y santiagueños de la fábrica, entendí que la pobreza estructural de la provincia no era una condena geográfica. El stock de madera estaba ahí; la capacidad de transformación la estábamos inventando nosotros con chatarra.

CAPÍTULO 3: El mago de las fotocopias y el asfalto fantasma

El calor en el monte santiagueño no es una cuestión climática; es un agente alucinógeno. A los cuarenta y siete grados a la sombra, el aire vibra tanto que las vacas parecen flotar a diez centímetros del suelo y los árboles de quebracho se estiran y se encogen como si estuvieran desperezándose. En ese estado de trance térmico, es muy fácil confundir la burocracia con la magia negra.

En Donadeu, el gran mago del reino era el gobernador Carlos Juárez.

Juárez llevaba tanto tiempo gobernando la provincia que la gente ya no se acordaba de si había llegado antes o después que el diluvio universal. No gobernaba con decretos ni con presupuestos; gobernaba con amuletos de papel. Su hechizo más poderoso era la **fotocopia firmada**.

Un mes antes de las elecciones, encontré a Ramón, uno de nuestros hacheros más fornidos —un tipo capaz de derribar un árbol de un cabezazo—, arrodillado junto a la caldera de la fábrica. No estaba rezando; estaba contemplando un papel grisáceo con una devoción que rozaba el misticismo.

—¿Qué pasa, Ramón? ¿Te llegó la cuenta de la luz? —le pregunté, aunque luz en el pueblo todavía no teníamos.

—No, ingeniero —susurró Ramón, sin mirarme—. Me escribió el Tata. Él personalmente. Sabe que se me rompió la casilla de madera y me promete que me va a mandar unas chapas de cinc.

Me agaché a mirar el documento sagrado. Era una hoja de papel barato, áspero como lija, que llevaba impreso un texto estándar: *“Querido compañero, sé de su esfuerzo y su lealtad...”*. Al pie, la firma de Carlos Juárez se veía borrosa, corrida hacia la derecha y con ese característico color gris ceniza que solo producen los cartuchos de tóner gastados de las fotocopadoras estatales. Era la copia de la copia de una copia de una firma estampada en la capital de la provincia hacía una década.

—Ramón —le dije con suavidad, intentando apelar a su sentido común—, esto es una fotocopia. Juárez no sabe quién sos. Metió un papel original en una máquina en Santiago capital, apretó un botón verde y sacó diez mil hojas iguales para repartir en el monte. El sobre tiene tu nombre porque lo escribió un puntero con birome.

Ramón me miró con una mezcla de lástima y condescendencia, como se mira a un porteño que no entiende cómo funciona el universo.

—Usted es ingeniero, don Ariel, pero de esto no sabe nada —sentenció, doblando el papel con una delicadeza extrema para guardarlo en el bolsillo de su camisa de grafa, justo del lado del corazón—. La firma del Tata está acá. Si yo la toco, siento el calor de su mano. Él me tiene anotado en su gran cuaderno.

No insistí. En Santiago del Estero, la fe en la fotocopia era más dura que el quebracho. El papel no tenía valor legal, no se podía canjear por comida en ningún almacén, pero actuaba como un escudo místico contra la desgracia. Si tenías la carta del Tata en el bolsillo, sentías que el monte te respetaba un poco más, que las víboras no te picaban y que, eventualmente, el tren del agua iba a parar cinco minutos más en la estación solo para saludarte.

El clímax de la temporada mágica llegaba con el ritual del voto. Unos días antes de los comicios, apareció en la fábrica el puntero local del partido. Era un tipo petiso, de sombrero de paja inclinado, camisa abierta que dejaba ver un escapulario de la Virgen y un diente de oro que brillaba cada vez que sonreía con picardía.

—Ingeniero Benzacar, ¿cómo le va? —dijo, apoyando un codo en mi escritorio—. Qué lindo que está el monte, ¿no? Mire, el domingo son las elecciones y el pueblo quiere festejar el triunfo del Tata. Estábamos pensando que sería un gesto muy patriótico de su parte si nos carneara una vaca de sus campos para hacer un asadito comunitario.

En Donadeu no existían los juzgados de paz ni la gendarmería, y yo era legalmente el dueño de todo el pueblo, incluyendo las casas donde vivían los votantes. Negarme a donar la vaca habría sido como declararle la guerra a un duende: una estupidez que terminaría con las sierras de la fábrica rotas o los neumáticos de mi camioneta misteriosamente tajeados por duendes con cuchillos.

—Elijan un novillo —le dije—. Pero uno que no sea de los campeones, por favor.

El domingo de la votación, Donadeu se transformó en un carnaval digno de una comedia italiana. Alrededor de las vías del tren, bajo un sol que derretía las piedras, se armó una humareda colosal. Mi novillo daba vueltas sobre una estaca gigante improvisada con un caño de agua, mientras la grasa caía sobre las brasas y generaba un humo místico que parecía adormecer la racionalidad del pueblo.

El puntero del diente de oro manejaba la fila de votantes con la precisión de un director de orquesta. El sistema de distribución de incentivos era una obra de arte de la picardía criolla:

A los hacheros que hacían la fila frente a la escuela (que técnicamente era mía), el puntero les entregaba una zapatilla izquierda. Una sola. De lona azul, flamante.

—Vaya a votar al Tata, mi hijo —le decía, dándole una palmada en la espalda—. Cuando salga con el sobre puesto en la urna, pasa por acá atrás y yo le entrego la derecha. Así no anda rengó.

Era un milagro de la podología electoral. Los tipos entraban al cuarto oscuro con una sola zapatilla puesta, votaban con la cara de Juárez iluminándolos desde la boleta, y salían felices a buscar su otra mitad para poder ir a comer un pedazo de mi vaca asada. Nadie se quejaba; al contrario, les parecía un sistema de lo más justo y divertido. La entropía y el desorden eran la música de fondo de una fiesta eterna donde todos bailaban descalzos en el barro

Mientras tanto, yo me pasaba las noches en la galería de mi casa de madera, quemando espirales para ahuyentar mosquitos del tamaño de helicópteros y sufriendo alucinaciones provocadas por el calor y el aislamiento.

En mis noches de delirio más extremo, me imaginaba que sonaba el teléfono de la fábrica y una voz carrasposa, de ultratumba, me decía:

—¿Benzacar? Habla Juárez. Déjese de joder con las perchas de madera y venga para la capital. Me enteré de que es ingeniero industrial. Dígame cómo ponemos en producción esta provincia.

En mi fantasía, yo viajaba a Santiago capital, entraba a su despacho —que me imaginaba lleno de montañas de expedientes polvorientos y ventiladores de techo que giraban a media máquina— y le tiraba un mapa sobre la mesa.

—Mire, gobernador —le decía yo, señalando el mapa con una regla—. Esta provincia tiene quince millones de hectáreas y apenas novecientas mil personas. ¡Es un desierto fértil! Tenemos dos ríos espectaculares, el Dulce y el Salado. Si hiciéramos canales de riego y embalses en lugar de pavimentar la misma ruta veinte veces al año, acá entrarían siete millones de cabezas de ganado.

¡Toda la gente podría vivir bien, tener casas de material y agua corriente! ¿Por qué seguimos viviendo en el siglo diecinueve?

En mi delirio, el viejo caudillo se acomodaba en su sillón de cuero, me miraba con una sonrisa de esfinge y me respondía con una sabiduría de brujo antiguo:

—Ay, Benzacar... usted ve números, pero yo veo almas. Si yo les hago canales de riego, si les doy vacas y agua corriente, la gente se va a volver independiente. Van a empezar a ganar su propia plata, van a comprarse sus propias zapatillas y van a dejar de necesitar mis cartas fotocopiadas. ¿Y sabe qué pasa cuando la gente no necesita al Tata? Se vuelven rebeldes. Empiezan a pensar. Y un pueblo que piensa es un quilombo para gobernar. El barro y la necesidad son el pegamento que mantiene a esta provincia unida, ingeniero. No me venga a querer arreglar la física del poder con sus formulitas de Buenos Aires.

La alucinación se cortaba en seco cuando un sapo gigante caía del techo sobre mi mesa, recordándome que estaba en el medio del monte chaqueño y que las únicas luces en diez kilómetros a la redonda eran las chispas de la caldera de mi fábrica de perchas.

La realidad de la obra pública en la provincia demostraba que mi Juárez imaginario tenía razón: el desorden estaba perfectamente planificado.

Cerca del campo licitaron la pavimentación de una ruta provincial. Yo, con mi mentalidad de exgerente de logística de Chingolo, me sentaba al borde del camino a ver trabajar a las máquinas viales del Estado. Era un espectáculo de magia ilusionista. Tiraban una capa de asfalto tan ridículamente fina que parecía una feta de mortadela barata sobre la tierra.

—Esto no dura tres meses —le dije al capataz de la obra.

El tipo me guiñó un ojo, se acomodó el sombrero y no dijo nada.

Efectivamente, a los tres meses, el sol santiagueño derretía el asfalto como si fuera chocolate y los camiones cargados de rollizos de madera destruían la calzada, dejando unos pozos donde tranquilamente podría haber habitado una familia de yacarés. Al año siguiente, el milagro se repetía: el gobierno volvía a licitar la misma ruta, venían las mismas máquinas, cobraban fortunas y volvían a tirar la misma feta de asfalto fantasma. Se hacía veinte veces el mismo trabajo en lugar de hacerlo bien una sola vez. Era la perpetua reconstrucción de la nada.

En nuestra fábrica de perchas, sin embargo, el quebracho no nos permitía jugar a la ilusión. Con el quebracho blanco no se jode: si hacés las cosas mal, la madera se venga retorciéndose hasta romperte las máquinas.

Un día, el tornero me trajo una pieza de descarte, un listón de quebracho que se había rajado durante el secado exprés en el autoclave.

—Ingeniero, esto no sirve para percha. ¿Lo tiramos al fuego? —me preguntó.

—No se tira nada, Roberto —le dije, agarrando el pedazo de madera pesada y noble—. Acá no somos el gobierno de la provincia para andar desperdiciando el stock. Cortalo al medio, pasalo por el disco de vidia y transformalo en mangos para cuchillos de asado. Todo lo que entra a esta fábrica tiene que salir transformado en valor, aunque sea para pinchar un chorizo.

El tornero se mató de risa, se llevó la madera y a las dos horas me trajo un mango de cuchillo pulido que brillaba como el mármol.

Estábamos ganando la batalla contra el monte y contra el absurdo de la provincia, percha por percha, plato por plato. Pero para seguir creciendo y cumplir con los pedidos gigantescos de don Gil para Supermercados Norte, necesitábamos algo que en Donadeu parecía una fantasía de ciencia ficción: **energía eléctrica constante.**

CAPÍTULO 4: El domador de electrones (y la resurrección de la luz)

Si el quebracho blanco es una madera con problemas de personalidad, el electrón santiagueño es un bicho directamente anárquico. En los años noventa, en Donadeu, la corriente eléctrica no era un servicio público; era una leyenda urbana. El tendido eléctrico de la provincia era como las promesas de asfalto de Juárez: existía en los papeles de la capital, pero en el monte la única energía disponible era la del sol, que te derretía las neuronas a las doce del mediodía.

Pero para hacer perchas a gran escala necesitábamos potencia. Las herramientas de vidia que yo traía de Buenos Aires giraban a velocidades de turbina de avión, y alimentarlas con la batería de una camioneta era como intentar mover un trasatlántico con un remo de plástico. Necesitábamos una usina.

Y la historia de Donadeu, una vez más, nos señalaba el camino.

Resulta que en sus épocas de gloria forestal, antes de que Perón impusiera las leyes laborales, el Viejo Donadeu había construido una central térmica de ladrillo visto para darle luz a su pulpería de ciento once habitaciones y a las casas de sus jerárquicos. Pero cuando el viejo se ofendió con el peronismo, decidió que el progreso era un lujo innecesario para los hacheros. Desmanteló los dínamos, vendió el bronce de los bobinados como chatarra y dejó la usina vacía. Cuando nosotros llegamos, la vieja central era un esqueleto de ladrillo donde anidaban las lechuzas y los murciélagos.

—La mística del lugar está intacta —les dije a los muchachos, parado frente al galpón en ruinas—. Vamos a levantar la usina exactamente en el mismo lugar. El fantasma del Viejo Donadeu nos va a tener que dar permiso.

Para esta cruzada sumamos un nuevo integrante al triunvirato de la fábrica: nuestro capataz, Don Justo.

Don Justo era un santiagueño de pura cepa, de esos que no se sorprenden por nada. Si caía un plato volador en medio del monte, Don Justo se acercaba despacio, saludaba al marciano con un “buenas tardes, don” y le preguntaba si no tenía un alambre para atar la compuerta de la camioneta. Don Justo no tenía título de ingeniero, pero tenía un doctorado en “geografía humana”. Sabía exactamente a qué velocidad trabajaba cada hachero según el calor del día, cómo calmar una pelea a cuchillo con dos palabras bien dichas y, sobre todo, dónde encontrar fierros útiles en cincuenta kilómetros a la redonda.

—Ingeniero —me dijo Don Justo un día, masticando una ramita de itin—. En el campo del fondo tenemos el tractor Deutz viejo. El motor está impecable, pero la transmisión pasó a mejor vida. No camina ni empujándolo cuesta abajo.

Se me abrieron los ojos como platos de asado.

—¿Y el motor arranca, Justo?

—Si le mostramos una botella de gasoil, arranca de puro corajudo, ingeniero.

—Listo. Le sacamos la transmisión y nos quedamos con el motor. ¿Y el alternador? Un motor sin generador es solo ruido y humo.

Don Justo se acomodó el sombrero, miró al horizonte como buscando inspiración y soltó la segunda pista:

—En un pueblo vecino, pasando el límite del monte, hay un grupo electrógeno abandonado en un galpón del ferrocarril. El motor de ese grupo está fundido, pero el alternador gigante de bronce está sano. El dueño lo dejó ahí tirado porque dice que no sirve para nada.

Aquello era el santo grial de la termodinámica criolla. Teníamos el stock: un motor de tractor Deutz con el corazón sano pero sin piernas, y un generador eléctrico con piernas pero sin corazón. El milagro de la transformación consistía en casar a esos dos monstruos herrumbrados en las ruinas de la vieja usina del Viejo Donadeu.

El operativo de traslado fue una epopeya digna de Fitzcarraldo. Con Don Justo a la cabeza, el tornero y el herrero, cargamos el alternador gigante en un acoplado tirado por nuestro único camión útil. El bicho pesaba toneladas. Cruzamos caminos de tierra que parecían talco, esquivando pozos y ramas bajas, rezando para que el alternador no saliera despedido y terminara aplastando la cabina.

Cuando tuvimos las dos piezas en el galpón de la usina, empezó la magia.

Yo viajaba a Buenos Aires y volvía con los bolsos cargados de contrabando tecnológico para el tablero de control: fusibles de cerámica de alta tensión, llaves de corte de baquelita que parecían palancas de Frankenstein, cables de cobre del grosor de un brazo y amperímetros con agujas analógicas.

Mientras tanto, en Donadeu, el tornero y el herrero trabajaban sin planos. El tornero fabricó una brida de acople perfecta para unir el eje del motor Deutz con el eje del alternador abandonado. El herrero, por su parte, soldó una base de perfiles de hierro doble T para que el conjunto no saliera caminando por el pueblo debido a las vibraciones.

El día de la inauguración, el galpón de la usina parecía el laboratorio de un científico loco. El tablero eléctrico casero que habíamos armado brillaba con sus llaves de corte de bronce pulido. Don Justo se paró junto al motor del tractor, le dio dos cebadas con la bomba manual y miró al herrero.

—¿Le damos, ingeniero? —preguntó Justo.

—Dale cuerda, Justo.

Don Justo le dio arranque. El motor Deutz pegó un estornudo negro de humo de gasoil, el galpón entero tembló, las lechuzas salieron espantadas del techo de chapa y, de repente, el motor empezó a rugir con un latido constante, pesado y brutal: *¡tácata-tácata-tácata!*

El alternador gigante empezó a girar. Las correas chillaban como almas en pena. En el tablero de control, las agujas de los voltímetros pegaron un salto y se clavaron en los 380 voltios con una precisión digital que nos hizo gritar de alegría.

El herrero se acercó al monstruo que vibraba con violencia. Apoyó la mano en la estructura de hierro doble T, cerró los ojos, escuchó el zumbido de los electrones y, con su martillo pesado, le dio dos golpecitos secos a una tuerca de la base (*“¡tag, tác!”*). Al instante, el chillido de las correas desapareció y la usina entró en un ronroneo armónico, casi pacífico, como si el motor Deutz y el generador abandonado hubieran estado esperando toda la vida para encontrarse en ese rincón del Chaco santiagueño.

—¡Que sea la última vez que me arman una central eléctrica mejor que las que hacen en Alemania! —les grité por encima del ruido, abrazándolos.

Los pibes se mataban de risa. Habíamos domado a los electrones con chatarra de tractor.

La usina casera no solo le dio vida a las copiadoras de perchas y a los autoclaves; transformó la física social del pueblo.

Donadeu seguía sumido en la oscuridad total del monte, pero nosotros ahora éramos los dueños de la luz. Y como no éramos Juárez, decidimos que la energía no se guardaba: se compartía.

Los sábados por la noche, o cuando había algún acontecimiento importante —un casamiento, un bautismo o el velorio de algún vecino respetado—, Don Justo tiraba un cable de cobre aéreo desde la fábrica hasta la calle principal del pueblo. Atábamos unas lamparitas de cien vatios a las ramas de los Algarrobos y

Don Justo iba hasta el tablero de la usina y levantaba la palanca de baquelita con una sonrisa solemne.

“¡Hágase la luz!”, parecía decir la palanca.

Y en medio de la negrura impenetrable del bosque chaqueño, Donadeu se encendía. Las lamparitas colgadas de los árboles brillaban como estrellas domésticas, iluminando el almacén de ramos generales y la tierra seca. La gente salía de los ranchos con los ojos bien abiertos, asombrada de ver sus propias sombras proyectadas en las paredes de adobe. Los chicos corrían debajo de las luces intentando cazar las miles de mariposas nocturnas que se amontonaban alrededor del vidrio caliente, y los hacheros destapaban cervezas y ponían chamamé en un pasacasetes conectado directamente a nuestra red improvisada.

La felicidad de esa gente bailando bajo nuestras lamparitas caseras, alimentadas por un tractor roto y un generador resucitado, valía más que cualquier balance de exportación. Era la demostración empírica de nuestra teoría: el stock del descarte, transformado por la voluntad y el ingenio de cuatro tipos, había generado la riqueza más pura que existe: la dignidad de tener luz en medio de la noche.

Por supuesto, esta demostración de soberanía energética criolla no tardó en llegar a los oídos de los burócratas de la capital. Unos meses después, cuando la provincia por fin decidió inaugurar con bombos y platillos el tendido eléctrico oficial para Donadeu, nos esperaba el último y más desopilante duelo contra la lógica del populismo santiagueño.

Pero esa ya es otra historia.

CAPÍTULO 5: El nido de la Chiqui y la transmutación de la carne

Hay un momento, pasadas las tres de la tarde en Donadeu, donde el calor deja de ser una magnitud física y se convierte en una presencia espiritual. El aire pesa tanto que se puede masticar; el horizonte se deforma y el monte chaqueño empieza a murmurar cosas que ningún ingeniero industrial se atrevería a admitir en un congreso internacional.

En esa soledad absoluta, sitiado por cincuenta grados de calor bajo el techo de chapa de la fábrica, yo leía tratados de economía agraria y me entregaba a las alucinaciones.

Los brujos locales —que en Donadeu abundaban más que los ingenieros— me miraban de reojo. Para ellos, yo no era simplemente el dueño de las tierras o el porteño que hacía perchas de madera indestructible; yo era un hechicero de ciudad que intentaba domar la materia con ruidos de metal y fórmulas extrañas. Y no estaban del todo equivocados. En mi afán por cumplir el viejo sueño agrícola de mi padre, decidí que no nos alcanzaba con transformar el quebracho blanco en perchas para los trajes finos de Buenos Aires. El monte exigía vida. Y yo decidí dársela bajo la forma de la criatura más veloz, absurda y prehistórica del suelo argentino: el ñandú.

Así fue como la zona de despacho de la fábrica se convirtió en un templo de transmutación biológica.

El proceso final de las perchas era un trabajo de precisión y delicadeza. Después de que el tornero y el herrero las cortaban y las copiaban con el palier de Citroën, las perchas pasaban a la zona de acabado. Allí trabajaba un grupo de chicas del pueblo. Su tarea consistía en darles la última mano de pintura y laca protectora, para luego pasarlas por una máquina que las envolvía en plástico termo-contráible. El calor de una resistencia encogía el plástico alrededor de la madera, sellándola para siempre contra la humedad del mundo exterior.

En medio de ese sector, rodeada de vapores de barniz y el zumbido del termo-contráible, instalé mi última locura: una incubadora artificial para huevos de ñandú.

Criar ñandúes en cautiverio es una ciencia delicada. El secreto del éxito no está en la alimentación, sino en la termodinámica del huevo. Para que el pichón se desarrolle y no se pegue a la cáscara, los huevos —unas esferas gigantes de color verde pálido que parecen caídas de otro planeta—necesitan ser rotados con una

regularidad milimétrica. Hay que girarlos varias veces al día con una suavidad extrema.

—Esto es un trabajo femenino —decreté, mirando la tosquedad de las manos de mis hacheros, acostumbradas a domar quebrachos a hachazos—. Si le doy esto al herrero, me hace tortillas de dinosaurio en cinco minutos.

Le encomendé la sagrada tarea de la incubación a la Chiqui.

La Chiqui era una de las chicas del sector de empaque. Tenía una paciencia de tejedora y una mirada atenta que no se le escapaba ningún detalle. Ella aceptó el cargo de “guardiana del nido” con una solemnidad casi religiosa. Mientras la máquina termo-contráible envolvía perchas con un siseo constante, la Chiqui se acercaba a la incubadora, se calzaba unos guantes de algodón y, huevo por huevo, realizaba la rotación manual con la misma delicadeza con la que mi mamá, Ruth Benzacar, acomodaba una escultura de Berni en su galería de Barrio Norte.

El contraste era una postal puramente surrealista: por un lado, la chatarra industrial escupiendo perchas para los grandes supermercados de la capital; por el otro, la Chiqui mimando huevos gigantes de ñandú bajo el calor controlado de una resistencia eléctrica que nosotros mismos habíamos conectado a la usina Deutz.

Los brujos del pueblo solían pararse en la puerta del galpón a mirar la incubadora. No entendían de termostatos ni de rotación embrionaria, pero para ellos, la Chiqui estaba realizando un ritual de fertilidad tecnológica. Decían que las perchas de madera muerta le transmitían su fuerza secreta a los huevos de ñandú, y que de esa máquina no iban a salir aves comunes, sino monstruos veloces capaces de correr más rápido que el tren del agua.

Pero el verdadero milagro mágico, el que transformó la biología misma de Donadeu, no ocurrió dentro de la incubadora, sino en los platos de comida de nuestros trabajadores.

Cuando abrimos la fábrica, contratamos a muchos pibes jóvenes del pueblo y de los parajes vecinos del monte. Eran chicos de dieciocho o veinte años, pero tenían el cuerpo lánguido, los hombros caídos y esa mirada mansa y apagada que produce la desnutrición estructural del norte argentino. En sus casas, la dieta habitual era el hidrato de carbono puro: harina, fideos, mate cocido y, con suerte, alguna hortaliza seca. La proteína era un lujo de ciencia ficción. Eran sombras que se movían despacio por el calor, adaptados a gastar la menor cantidad de energía posible para no consumirse por dentro.

Pero con la fábrica funcionando y cobrando sus quincenas en mano, ocurrió la gran transmutación.

Por primera vez en sus vidas, esos pibes tuvieron capacidad de compra. Y lo primero que hicieron no fue comprar ropa ni radios; empezaron a comprar carne. En el pueblito de Donadeu se empezó a comer carne de vaca de manera regular, todos los días.

El asado del mediodía en el fondo de la fábrica se convirtió en un ritual obligatorio. El humo de la grasa quemada sobre las brasas de quebracho blanco se mezclaba con el olor de la laca de las perchas. Los pibes devoraban los cortes de carne con un hambre ancestral, como si sus propios cuerpos reconocieran que cada bocado de proteína era el combustible que les habían negado durante generaciones.

La transformación física de esa juventud fue un proceso asombroso, casi biológico. En cuestión de meses, los hombros de los pibes se ensancharon. La piel, antes opaca por el polvo y la falta de nutrientes, adquirió un brillo sano. Los brazos, delgados como ramas de algarrobo seco, se llenaron de músculos fibrosos y duros. Hasta la velocidad de sus movimientos cambió: la pesadez de la siesta eterna fue reemplazada por una energía eléctrica, una vitalidad ruidosa. Empezaron a gritar, a reírse a carcajadas mientras operaban las copiadoras de perchas, a desafiarse a ver quién levantaba el tronco más pesado.

Los brujos del monte contemplaban este fenómeno con desconcierto y temor reverencial. Iban a ver al capataz, Don Justo, para pedirle explicaciones.

—El ingeniero Benzacar les está metiendo un espíritu adentro a los changos —decían, señalando a los pibes que cargaban los camiones con una fuerza descomunal—. Esos no son los hijos de doña María. Esos son hombres de hierro que fabrica la máquina.

Don Justo, masticando su ramita de itin, se sonreía de lado.

—No es ningún espíritu, don —les respondía—. Es la carne. El ingeniero les paga con plata de la de verdad y los changos comen vaca. La fuerza ya la tenían adentro, solo les faltaba el fuego para encenderla.

Aquello era la definición exacta de la riqueza de mi libro aplicada a la carne humana. El *stock* era la genética de esos pibes santiagueños, fuertes por naturaleza pero apagados por la miseria; la *capacidad de transformación* era el sueldo de la fábrica convertido en proteína en el plato. El resultado de esa ecuación no se medía solo en pesos por kilo de perchas despachadas, sino en

centímetros de músculo, en la salud de una generación que por fin dejaba de ser una estadística de desnutrición para convertirse en el motor de su propio destino.

Mientras tanto, en la zona de empaque, la Chiqui seguía girando sus huevos de ñandú bajo el calor del termo-contráible. El primer pichón estaba a punto de romper el cascarón verde, y yo, sentado en mi oficina con el ventilador de techo girando despacio, sentía que la termodinámica, la biología y la magia del monte por fin habían entrado en perfecta armonía.

CAPÍTULO 6: El nacimiento de los velociraptores criollos y el brujo farmacólogo

En el monte santiagueño, la selección natural no es una teoría que se estudia en los libros; es un espectáculo en vivo que transcurre mientras intentás que no se te derrieta el motor de la camioneta. Y cuando decidís meterte a criador de fauna prehistórica en medio de una fábrica de perchas, la evolución directamente se vuelve loca.

Finalmente, los huevos gigantes que custodiaba la Chiqui en la zona de empaque decidieron que ya habían recibido suficiente calor de nuestra termo-contráible. Un martes por la mañana, en medio del siseo del plástico y el olor a barniz, se escucharon los primeros *crac*.

Nacieron cinco. Cinco pichones de ñandú que, desde el segundo uno, demostraron tener el desparpajo de un estafador callejero y la curiosidad de un inspector de Rentas.

Cualquier biólogo te diría que el ñandú es un animal de llanura, asustadizo y veloz. Pero nuestros cinco pichones no se criaron en la pampa; se criaron entre máquinas de hierro fundido de 1910, sierras con insertos de vidia que giraban a velocidades delirantes y hacheros corpulentos que masticaban tabaco. El resultado fue que los bichos salieron completamente inmunizados contra el miedo.

Para ellos, el ruido ensordecedor de la copiadora con el palier de Citroën era el arrullo de su madre, y el aserrín de quebracho blanco, su colchón mullido.

A las pocas semanas, los cinco ñandúes ya tenían el tamaño de un perro mediano, unas patas flacas y fibrosas, y una actitud de soberbia inexplicable. Se paseaban por el galpón como si fueran los verdaderos dueños de la sociedad anónima. Como se aburrían soberanamente de ver cómo transformábamos madera en perchas, se dedicaban a hostigar a los hacheros.

Su juego favorito era el hurto hormiga. Un hachero estaba concentrado alineando un tablón de quebracho frente a la sierra, con un paquete de cigarrillos o un lápiz de carpintero saliendo del bolsillo de su camisa de grafa, y de golpe aparecía un cuello largo y grisáceo como un periscopio.

¡Zac! Con un picotazo de precisión quirúrgica, el ñandú le arrebatava el botín y salía corriendo a toda velocidad por el pasillo, esquivando las correas de transmisión con la agilidad de un wing izquierdo de fút—¡Hijo de una gran puta,

devolveme el encendedor! —gritaba Ramón, corriendo detrás del bicho con un palo en la mano, mientras el ñandú lo miraba de reojo con esos ojos redondos y cínicos, picando el plástico del encendedor como si fuera un manjar.

Nos picaban las piernas, nos robaban las tuercas que el tornero dejaba sobre la mesa y, si te descuidabas, se paraban al lado tuyo y te miraban fijo, parpadeando despacio, como preguntándote por qué tardabas tanto en terminar la percha. Los muchachos de la fábrica los adoptaron como mascotas sagradas. Eran nuestros “velociraptores criollos”, la prueba viviente de que en Donadeu hasta las aves se volvían industriales.

Pero mientras nosotros lidiábamos con el desparpajo de nuestros dinosaurios domésticos, la realidad social de la provincia nos volvió a pegar una bofetada de crudo realismo. Y lo hizo a través de la salud de la hija de nuestro aserrador principal.

La nena tenía serios problemas de crecimiento. Estaba flaquita, débil, con esa palidez triste de los chicos que parecen no tener fuerzas ni para jugar. El aserrador, desesperado porque los médicos que venían de vez en cuando de la capital al puesto sanitario oficial no le daban ninguna solución —más allá de firmar planillas de control y recetar alguna pomada inútil—, decidió cruzar al pueblo de al lado.

Un pueblo que se llamaba Agustín Olivari.

Allí vivía un curandero muy famoso. En Buenos Aires, la palabra “brujo” evoca a un tipo con túnica haciendo sacrificios de gallinas bajo la luna llena; en el interior de Santiago del Estero, un brujo suele ser simplemente el único tipo del departamento que usa la cabeza para observar la naturaleza en lugar de para acatar órdenes de un ministerio.

El aserrador llevó a su hija a ver al brujo de Agustín Olivari. El hombre miró a la nena, le tocó las coyunturas, le preguntó qué tomaba y qué comía, y dictó su diagnóstico con la solemnidad de un chamán. Le entregó un frasco con un líquido espeso.

—Dele esto todos los días, tres gotas por la mañana —le dijo—. Y la changuita va a empezar a estirarse como el algarrobo. El aserrador cumplió a rajatabla. A las tres semanas, la nena era otra. Empezó a recuperar el color, a tener hambre, a correr por el patio del rancho. El crecimiento que había estado estancado durante años se destrabó como por arte de magia.

Cuando el aserrador me contó la historia en la fábrica, con los ojos húmedos de agradecimiento hacia el “brujo milagrero”, le pedí que me mostrara el frasco del remedio místico. Quería saber qué clase de hierba secreta del monte había obrado el milagro.

Agarré el frasco. La etiqueta casera estaba escrita con birome, pero abajo se traslucía el envase original.

Era un polivitamínico industrial común y corriente. Complejo B, hierro, calcio y zinc.

Me quedé mirando el frasco y sentí una mezcla de profunda admiración por la sagacidad del brujo y una bronca que me quemaba el estómago contra el sistema oficial.

Yo me armé una explicación de ingeniero: en Donadeu y Agustín Olivari no había agua de red. La gente juntaba lluvia en aljibes y tanques; era un agua pobre en minerales y, combinada con una alimentación igualmente pobre, podía agravar las carencias de los chicos. El brujo no necesitó un laboratorio alemán para sospechar que allí faltaba algo elemental.

El brujo de Agustín Olivari, sin haber pisado jamás una facultad de medicina, había observado el entorno. Sabía que la comida no era el único problema; al agua le faltaba “fuerza”. Así que iba a la farmacia de la ciudad, compraba polivitamínicos comerciales, les cambiaba la etiqueta para mantener su aura de misterio y se los recetaba a los chicos.

Era un genio de la medicina pragmática. En cambio, los médicos del puesto sanitario del Estado, esos que venían con guardapolvos impecables financiados por el gobierno de Juárez, pasaban por el pueblo una vez al mes, llenaban sus carpetas con estadísticas de desnutrición para justificar sus sueldos y se volvían a la capital sin que a ninguno se le cruzara por la neurona la idea básica de recetar un polivitamínico o un suplemento mineral para compensar el agua de lluvia. Para el Estado, la desnutrición era un dato estadístico; para el brujo, era un problema de stock y transformación de nutrientes que se resolvía con tres gotas diarias.

Me quedé tan fascinado con la lucidez del personaje que decidí ir a conocerlo. Necesitaba ver de cerca a mi “competidor” en el mercado de la racionalidad aplicada al monte.

Me subí a la camioneta y manejé hasta Agustín Olivari. Para no levantar sospechas de que iba a auditarlo con ojos de ingeniero porteño, me inventé un

dolor de espalda terrible, producto supuestamente de haber cargado unos tablones de quebracho.

Llegué a su rancho. Era una construcción de adobe prolija, con un patio de tierra barrido con obsesión y la sombra generosa de un algarrobo gigante. El brujo me recibió. Era un hombre de edad indescifrable, de piel curtida como cuero de guayacán y unos ojos oscuros, vivísimos, que te leían la patente del auto antes de que terminaras de saludar.

Me hizo sentar en un banco de madera.

—Me duele acá abajo, don —le dije, tocándome la zona lumbar con cara de sufrimiento—. Me agacho a revisar las máquinas y después no me puedo enderezar. Me dijeron que usted tiene buena mano para los dolores.

El viejo me miró fijo durante un minuto entero. No hizo ningún pase mágico, no sacó ningún fetiche de plumas. Me estudió la postura, miró mis manos limpias de ingeniero y sonrió apenas, con una ironía sutil que me hizo dar cuenta de que el tipo sabía perfectamente quién era yo y que mi dolor de espalda era tan falso como el asfalto de las rutas de Juárez. Se dio la vuelta, hurgó entre unos frascos de vidrio y preparó una infusión. Me entregó un jarro de lata caliente.

—Tome esto, ingeniero —me dijo, acentuando el título con una entonación deliciosa—. Son yuyos del monte. Le van a aflojar la tensión de la espalda... y también la de la cabeza, que la tiene muy llena de números.

Me tomé el té en silencio bajo la sombra del algarrobo. Estaba tibio, amargo y tenía un vago gusto a menta silvestre y poleo. Mientras tomaba, nos quedamos mirando el monte. No hablamos de física, ni de oligoelementos, ni de la hija del aserrador. No hacía falta. Había un pacto implícito de respeto mutuo entre los dos únicos tipos del departamento que entendían que para sobrevivir en este rincón del mundo había que transformar la materia con inteligencia, ya fuera usando un palier de Citroën o un frasco de vitaminas camuflado.

Me fui de Agustín Olivari con la espalda relajada y el alma un poco más tranquila. El brujo del monte me había dado la última lección que necesitaba para mi tratado de economía de supervivencia: la riqueza no requiere de grandes laboratorios alemanes ni de presupuestos ministeriales. Requiere, simplemente, de la sagacidad de mirar el agua que toma tu gente y tener la decencia de devolverle los minerales que el cielo se olvidó de ponerle.

Al volver a la fábrica, los cinco ñandúes me recibieron corriendo al costado de la camioneta, estirando el cuello para ver si les había traído algo de comer de mi

viaje. Los miré y me reí solo. En Donadeu, entre brujos farmacólogos, pibes que se volvían gigantes comiendo asado y dinosaurios ladrones de encendedores, estábamos construyendo el imperio más feliz y delirante de toda la provincia.

CAPÍTULO 7: Papeles contra madera (La mística de la city porteña)

En la termodinámica, la energía no se pierde, solo se transforma. En la economía argentina de los noventa, la riqueza tampoco se perdía: salía del sudor del monte chaqueño en forma de perchas perfectas y se evaporaba en los aires acondicionados de la city porteña en forma de tasas de interés.

Una vez que logramos que los pibes de Donadeu se convirtieran en atletas de la proteína, que el autoclave dejara al quebracho manso y tarado, y que nuestros cinco ñandúes velociraptores patrullaran la fábrica custodiando las herramientas de vidia, nos enfrentamos al verdadero cuello de botella de la fórmula de la riqueza. Y ese cuello de botella no estaba en Santiago del Estero.

Estaba a mil kilómetros de distancia, en los despachos de mármol y alfombra roja de Buenos Aires.

Las perchas terminadas, envueltas en su plástico termo-contráible por la Chiqui, se cargaban en camiones que desafiaban el asfalto fantasma de las rutas provinciales. El flete viajaba toda la noche rumbo a las sucursales de Supermercados Norte. Cada percha era un pedazo de materia hiper-transformada: un stock de madera dura que en el suelo del monte valía centavos y que ahora, convertida en un objeto de diseño noble para colgar trajes finos, valía una pequeña fortuna en pesos por kilo.

Pero en Argentina, el camino entre la producción y el cobro es un laberinto de magia negra financiera diseñado por ministros de economía que parecían haber estudiado en Hogwarts más que en Harvard.

El choque térmico de bajarse de la camioneta en Buenos Aires era brutal. En Donadeu, el calor era honesto: te quemaba la piel y te obligaba a tomar agua. En el centro de Buenos Aires, el calor era una masa húmeda y nerviosa de gente de traje gris corriendo detrás de un dólar que cotizaba uno a uno con el peso, bajo un sol que rebotaba en el cemento y el humo de los colectivos.

Yo pasaba de discutir de oído las vibraciones de una copiadora con mi herrero a sentarme frente a los jóvenes analistas de finanzas del supermercado. Chicos de veinticinco años, impecables, con camisas celestes y corbatas importadas, que nunca en su vida habían visto un árbol de quebracho blanco ni sabían que la madera se retuerce como una hélice si la dejas secar mal.

—Buenísimo el embarque, Benzacar —me dijo uno, revisando la planilla en su computadora de fósforo verde—. Las perchas volaron de las góndolas. Don Gil está chocho. Acá tenés el pago.

Me deslizó por el escritorio un rectángulo de papel pintado. Lo agarré con mis manos, que todavía tenían restos de aserrín chaqueño bajo las uñas.

Era un cheque de pago diferido. Miré la fecha de cobro y sentí que la ley de la gravedad se alteraba.

—Pibe —le dije, frotándome los ojos—. Hoy es 10 de marzo. Este cheque dice que lo puedo cobrar el 15 de octubre. Son siete meses. ¿Vos me estás cargando?

El analista sonrió con la suficiencia de quien domina una ciencia oculta.

—Es la política de la cadena, Benzacar. Los plazos de pago se estiraron por la liquidez del mercado. Pero quedate tranquilo, que el cheque tiene el respaldo de la firma. Es plata segura.

—¿Plata segura? —le pregunté, apoyando los puños en el escritorio—. Decime, ¿cómo hago yo para pagarle el sábado a Ramón, a Don Justo y al tornero con un papel que dice que van a poder comprar carne dentro de doscientos diez días? En Donadeu no hay sucursales bancarias, pibe. Ahí la gente come hoy, no en octubre. ¿Le digo al carnicero del pueblo que le fíe un asado a Ramón mostrándole la firma de tu supermercado?

El chico se encogió de hombros, ajeno al drama de la física real. En su dimensión, el dinero era un flujo electrónico en una pantalla; en la mía, el dinero era el combustible biológico que transformaba el cuerpo de mis hacheros.

Ahí empezaba la verdadera sangría, la anomalía del sistema financiero argentino que mi libro

Riqueza, el comienzo del camino denuncia en cada página.

Como yo no podía pagar la quincena con promesas de primavera, tenía que entrar al circuito de los vampiros del asfalto: los bancos y las “cuevas” de la city porteña para cambiar esos cheques diferidos por efectivo contante y sonante.

Entrar a un banco de la city en los noventa a descontar un cheque era como entregarle voluntariamente el cuello a Drácula. Las tasas de interés que te cobraban por adelantarte la plata de un cheque a siete meses eran un delirio termodinámico. El sistema financiero no te prestaba servicio; te confiscaba la capacidad de transformación.

Hice la cuenta en la camioneta, de vuelta al hotel, y se me cayó el alma al piso: **terminaba pagando más dinero en concepto de intereses financieros para cambiar los cheques de los supermercados de lo que pagaba en la planilla total de sueldos de toda la fábrica de Donadeu.**

Aquello era una locura inadmisible. El tornero, el herrero, las chicas del empaque, Don Justo y yo pasábamos semanas enteras peleando contra la madera más dura del mundo, resucitando motores de tractor Deutz, inventando copiadoras con palieres de Citroën y secando el quebracho en autoclaves caseros para agregarle valor a la materia... y un tipo de traje gris en una oficina de la calle Reconquista, tocando tres teclas en una computadora, se quedaba con más valor del que generaba toda la fábrica junta, simplemente por darnos los billetes físicos para pagar la quincena.

El sistema financiero argentino actuaba como un agujero negro de entropía. Chupaba toda la energía del sector productivo y la disipaba en la especulación.

Yo tenía el sueño de seguir automatizando la fábrica. Había visto en las ferias internacionales unos cabezales de fresado alemanes que habrían duplicado nuestra velocidad de corte, y unos alimentadores neumáticos que habrían evitado que los muchachos tuvieran que acercar las manos a las sierras de vidia a diez mil revoluciones. Tenía los planos en la cabeza, el tornero estaba listo para acoplarlos y el herrero ya se relamía pensando en sintonizar el sonido de las nuevas máquinas.

Pero el capital de transformación se lo llevaron los ministros de economía y sus amigos de los bancos.

Cada vez que lográbamos juntar unos pesos de ganancia para invertir en un nuevo motor o en una mejora para el autoclave, venía una nueva corrida, un cambio de reglas, o un estiramiento de los plazos de pago que nos obligaba a quemar esa guita en las cuevas financieras para no dejar al pueblo sin comer el fin de semana. No estábamos exentos de la locura nacional. Éramos una isla de racionalidad en medio del monte, sí, pero el océano de especulación que rodeaba a la isla era demasiado grande y tormentoso.

En mi libro explico que cuando una sociedad no tiene claro el concepto de riqueza —cuando confunde el valor real de las cosas con el valor de los papeles pintados—, la economía se convierte en un péndulo destructivo. Un día vas para un lado, al otro día vas para el otro, y en el medio destruis la capacidad de transformación que tanto costó construir.

De vuelta en Donadeu, me bajé de la camioneta cansado, con el polvo del camino pegado a la cara y los bolsillos vacíos de sueños de automatización alemana, pero llenos del efectivo que había tenido que rescatar de las garras de la city.

Don Justo me estaba esperando en la puerta de la usina, masticando su ramita de itin. A su lado, uno de los pibes de la fábrica, con los hombros anchos y el brillo sano de la proteína en los ojos, cargaba un tablón de quebracho con una facilidad pasmosa. Uno de los ñandúes se acercó trotando despacio y le picó el bolsillo de la camisa al pibe, buscando un encendedor fantasma.

Don Justo miró los bolsos con la guita para la quincena, me miró a mí y se dio cuenta de que la city me había cobrado el peaje de siempre.

—¿Mucha rosca en Buenos Aires, ingeniero? —me preguntó con su tonada mansa.

—Mucha rosca de papel, Justo —le respondí, apoyándome en el capó caliente de la camioneta—. Allá tiran más fuerte que el quebracho blanco, pero no producen ni un fósforo.

—Y sí —dijo Justo, mirando las perchas que se acumulaban en el depósito—. Es que allá no saben lo que cuesta dejar tarada a la madera. Ellos creen que las cosas nacen de los árboles.

Sonreí. Justo tenía razón. En Buenos Aires creían que la riqueza salía de las computadoras y de los ministerios de economía. No sabían que la única riqueza real es la que se mide en pesos por kilo, la que se amasa con un tornero, un herrero, un palier de Citroën y un nido de ñandúes en el medio de la nada.

CAPÍTULO 8: La soledad del candil (El nacimiento de una teoría ignorada)

Hay una soledad que no tiene que ver con la ausencia de gente. En Donadeu, durante el día, yo estaba rodeado por el rugido de las copiadoras, los gritos de los hacheros, el siseo del termo-contráible y el trote desfachatado de nuestros cinco ñandúes. Pero a las ocho de la noche, cuando apagábamos el motor Deutz de la usina para ahorrar gasoil y el pueblo volvía a sumirse en la penumbra espesa del monte chaqueño, la soledad cambiaba de naturaleza. Se volvía una soledad intelectual, una incomodidad del espíritu que me calaba más hondo que el calor.

Me sentaba en la galería de mi casa de madera, a la luz de un candil de kerosén que parpadeaba con el viento norte, rodeado de libros que traía de Buenos Aires. Leía a Adam Smith, a David Ricardo, a Keynes, a Marx, a Friedman. Buscaba desesperadamente a alguien en la historia del pensamiento económico que hablara el mismo idioma que yo estaba viviendo durante el día.

Pero no encontraba a nadie. Y esa desconexión me desesperaba.

Toda la literatura económica que tenía sobre la mesa me hablaba de abstracciones. Me hablaban de curvas de oferta y demanda que se cruzaban en un vacío perfecto, de variables macroeconómicas que se acomodaban solas con tocar una tasa de interés, de “fuerzas del mercado” que operaban como fantasmas incorpóreos. Eran teorías escritas por tipos que habían pasado su vida en bibliotecas de Londres, Boston o París, donde el agua salía de una canilla y los árboles eran adornos en un parque público.

Ninguno de esos próceres de la economía explicaba qué carajo hacer cuando tu stock de materia prima es una madera indestructible que se retuerce como hélice si la dejás secar. Ninguno explicaba cómo balancear una fábrica cuando los bancos te descuentan el setenta por ciento del valor de un cheque a siete meses y tus hacheros necesitan comer carne hoy para tener la fuerza física para levantar un tronco de quebracho mañana.

Estaba solo en un mundo de carne y hueso, de poleas y aserrín, intentando entender la riqueza mientras los teóricos de la capital discutían sobre el sexo de los ángeles financieros.

Fue en esas noches de candil y sudor donde empecé a gestar mi propio libro, *Riqueza, el comienzo del camino*. No lo escribí por ambición académica; lo escribí

por pura supervivencia mental, para no volverme loco en el medio de la nada. Necesitaba poner en orden lo que mis ojos veían todos los días.

Descubrí que los economistas tradicionales se salteaban el paso más importante de la física. Para ellos, la “riqueza” era un flujo de dinero. Para mí, que venía de la ingeniería industrial y de la logística de Chingolo, la riqueza era una ecuación termodinámica elemental:

Riqueza = stock + capacidad de transformación.

El stock es lo que la naturaleza te regala: las quince millones de hectáreas de Santiago del Estero, el quebracho blanco que crece solo en el monte, el agua de los ríos Dulce y Salado. Pero el stock por sí mismo no vale nada. Un tronco de quebracho tirado en el suelo es solo un estorbo para las vacas. La riqueza aparece cuando aplicás energía —la fuerza de los pibes de Donadeu— para transformar ese stock en algo útil, medido en pesos por kilo. Una percha terminada, un plato para asado, un mango de cuchillo pulido.

¿Pero por qué la provincia seguía siendo miserable si le sobraba stock?

Ahí fue donde choqué contra la pared de la teoría del **mandato social**. Entendí que para que la capacidad de transformación se active, la sociedad tiene que desearlo. Tiene que haber un acuerdo invisible que castigue la vagancia y premie la producción. Pero en la provincia de Juárez, el único mandato social que el poder alimentaba era el de la dependencia. Si transformás la materia, te volvés libre; si te volvés libre, ya no necesitás la fotocopia firmada del gobernador para tener chapas de cinc. Al caudillismo le convenía mantener el stock intacto y la capacidad de transformación en cero. La pobreza estructural no era un problema de falta de recursos; era un diseño político perfecto para evitar que la termodinámica de la riqueza se pusiera en marcha.

Escribí todo eso con una urgencia casi febril, llenando cuadernos espiralados mientras las mariposas nocturnas se quemaban contra el vidrio del candil. Sentía que había descubierto la pólvora, que tenía en mis manos un protocolo de crecimiento y desarrollo tan claro y racional que cualquier gobierno con dos dedos de frente aplicaría de inmediato para transformar la realidad del norte argentino.

Qué ingenuo fui.

Seamos honestos: al mundo le importó un carajo mi libro.

Cuando finalmente lo publiqué y traté de discutir estos conceptos en Buenos Aires, en los foros de economía o con los políticos de turno, me encontré con una

pared de indiferencia absoluta. Los economistas de la city me miraban como a un bicho raro, un “ingeniero maderero” que pretendía meter la física y la termodinámica en sus prolijas planillas de especulación financiera. Para ellos, la economía real —la de meter madera en un autoclave para dejarla tarada— era algo sucio, ordinario, que debía delegarse a los países periféricos mientras nosotros jugábamos al uno a uno con el dólar.

El mundo académico me ignoró sistemáticamente. Prefirieron seguir discutiendo sus teorías abstractas en congresos internacionales con aire acondicionado, cobrando sueldos del Estado para escribir papers sobre la pobreza que nadie en el monte iba a leer jamás. A nadie le interesaba un protocolo que resolviera la puja distributiva y diera un norte productivo, porque el desorden —la entropía criolla del asfalto fantasma y las rutas pavimentadas veinte veces— era el negocio que los alimentaba a todos.

Esa ignorancia dolió, no lo voy a negar. Sentir que tenés la solución para el hambre de miles de pibes y que los que toman las decisiones prefieran mirar para otro lado para no perder sus privilegios electorales es una forma de soledad muy amarga.

Pero una noche, de vuelta en Donadeu, mientras acomodaba mis cuadernos bajo el candil, escuché un ruido suave en la galería de madera de la oficina. Me asomé despacio.

Allí estaba Ramón, nuestro hachero, sentado en el borde del escalón. Tenía los hombros anchos, los brazos fuertes llenos de venas marcadas por el trabajo y la salud que le había devuelto la proteína del asado diario. Estaba puliendo con un pedazo de lija un mango de cuchillo de quebracho que había rescatado del descarte. Lo hacía despacio, con una concentración casi artística, imitando el cuidado que veía en el taller del tornero.

A su lado, uno de los ñandúes dormía con la cabeza escondida bajo el ala, ajeno a las leyes de la economía mundial.

Ramón levantó la vista, me vio y me mostró el mango de madera. Brillaba bajo la luz de la luna chaqueña como si fuera una pieza de joyería.

—Mire, ingeniero —me dijo, con su tonada mansa—. Este quebracho quedó bien mansito. No se va a doblar más. Sirve para toda la vida.

Lo miré y entendí todo.

Al mundo de la capital y a los doctores de la universidad les podía importar un carajo mi libro de economía. Podían ignorar mi apellido y mis fórmulas de

termodinámica industrial para siempre. Pero ahí, en ese rincón perdido del monte santiagueño, la materia se había transformado. Ramón ya no era la sombra lánguida que esperaba una fotocopia de Juárez para sobrevivir; era un hombre fuerte que sabía cómo domar la madera más dura del mundo con sus propias manos.

El stock se había unido a la capacidad de transformación, y el resultado no estaba en una pantalla de fósforo verde de la city porteña. Estaba ahí, brillando en la mano de Ramón, manso y recto para toda la vida.

INTERLUDIO: Donde los hechos saltan la tranquera

Hasta aquí, todo nació de Donadeu: del barro, las máquinas, los cheques, los ñandúes, el candil y la memoria, que siempre exagera un poco cuando hace calor.

A partir de este punto, la realidad toma carrera, salta la tranquera y se convierte en fábula. Bambara no figura en ningún mapa confiable. Sus problemas, en cambio, figuran en demasiados.

CAPÍTULO 9: El emisario de la sabana

Hay una ley no escrita de la física que dice que la energía acumulada en un punto de alta presión siempre busca una salida, por más estrecha que sea. Mi libro, *Riqueza, el comienzo del camino*, había sido impreso en Buenos Aires en papel económico, ignorado olímpicamente por los economistas de la city y archivado por la burocracia académica. Pero la verdad termodinámica que contenía estaba cargada con la presión del monte chaqueño. Solo necesitaba una hendidura en el mapa para explotar.

Y esa hendidura se abrió gracias a la galería de arte de mi mamá.

Una tarde de esas que sólo ocurren cuando una historia decide seguir caminando sola, un diplomático de la embajada de un país de África Occidental —vamos a llamarlo **Bambara**, una nación mediterránea, calurosa como un horno y rica en bosques impenetrables— entró a la galería Ruth Benzacar en Barrio Norte. Iba buscando pinturas contemporáneas para decorar la residencia oficial. Mientras mi mamá le mostraba un Berni espectacular, el diplomático vio sobre una mesa ratona un ejemplar polvoriento de mi libro, que yo le había dejado a mi vieja para que hiciera bulto.

El diplomático, un tipo educado en la Sorbona pero con los pies bien metidos en el barro de su tierra, hojeó el libro por curiosidad. Leyó la fórmula: **riqueza = stock + capacidad de transformación**. Leyó sobre el quebracho tarado, sobre las carencias que el brujo combatía con su frasco y sobre cómo el “mandato social” de supervivencia pasiva destruía el futuro de las naciones.

Se le cayó la mandíbula al piso. Compró el Berni, pero se llevó el libro bajo el brazo como si fuera un cargamento de plutonio.

Tres meses después, yo estaba en la oficina de Donadeu, intentando convencer al tornero de que no usáramos un pistón de cortadora de césped para arreglar la caldera, cuando escuché un ruido que no pertenecía al ecosistema del monte. Era el rugido de una camioneta doble tracción de la embajada, impecable, abriéndose paso entre el talco del camino.

Se detuvo frente al galpón. De la cabina bajó un hombre altísimo, de piel negra como el ébano, vestido con un traje de lino blanco inmaculado que contrastaba salvajemente con el polvo santiagueño.

Se llamaba **Musa**. Era el ministro de Desarrollo Industrial de Bambara.

El choque cultural en Donadeu fue inmediato, desopilante y hermoso.

Musa bajó de la camioneta con un maletín de cuero de cocodrilo y, antes de que pudiera decir “buenos días”, uno de nuestros cinco ñandúes velociraptores se le acercó al trote, estiró el cuello y le arrebató con un picotazo preciso el prendedor de oro con la bandera de su país que llevaba en la solapa.

—¡Hey! —gritó el ministro, intentando correr al bicho, que ya huía a cuarenta kilómetros por hora esquivando los troncos de quebracho.

—No se preocupe, Excelencia —le dijo Don Justo, saliendo de la usina con su ramita de itin en la boca—. Ese es el “Puntero”, el ñandú más peronista que tenemos. Le gustan las cosas que brillan. Después se lo cambiamos por un pedazo de asado.

Hice pasar a Musa a mi oficina de madera. No teníamos aire acondicionado, solo el ventilador de techo que giraba haciendo un ruido espantoso. Le serví un vaso de agua de lluvia (esta vez con el polivitamínico del brujo ya disuelto, por las dudas) y el tipo apoyó mi libro sobre el escritorio, gastado de tanto leerlo.

—Ingeniero Benzacar —me dijo, hablando un español perfecto con acento francés—. He leído su tratado. En mi país tenemos exactamente el mismo problema que usted describe en Santiago del Estero. Tenemos quince millones de hectáreas de selva indomable, ríos colosales y un árbol que llamamos *mopane*, que es tan duro que rompe las hachas y se retuerce al secar. Tenemos un stock infinito, pero nuestra gente se muere de hambre porque no sabemos cómo transformarlo. Los franceses nos quieren vender fábricas de tres millones de dólares que no podemos pagar, y la universidad de París nos manda doctores que nos hablan de teorías macroeconómicas abstractas mientras los niños no tienen qué comer.

Apoyó sus manos enormes sobre el libro.

—Su libro no es economía, ingeniero. Su libro es un manual de guerrilla industrial. Usted inventó la termodinámica de la supervivencia. Y vengo a pedirle que venga a Bambara a ayudarnos a aplicar su protocolo. Queremos dejar de exportar troncos para empezar a exportar valor. Queremos dejar tarada a nuestra madera.

Miré por la ventana. Afuera, el tornero y el herrero estaban intentando convencer al ñandú de que devolviera el prendedor de oro usando una tuerca brillante como carnada. Pensé en la indiferencia de los burócratas de Buenos Aires, en los cheques a siete meses de la city, en los médicos del Estado que no daban vitaminas y en las rutas de asfalto fantasma de Juárez.

—Musa —le dije, sonriendo—. ¿Usted me está diciendo que en su país hay un mandato social de prosperidad esperando ser encendido?

—El pueblo de Bambara está listo, ingeniero. Solo necesitamos los fósforos.

Me levanté del sillón y abrí la puerta del galpón.

—¡Justo! ¡Roberto! —les grité al capataz y al tornero—. Preparen las valijas de madera y junten todas las herramientas de vidia que tengamos. Nos vamos a África.

El domingo antes de partir, la delegación africana completa se sentó a comer en el patio de casa. Mi mamá, Ruth, que había viajado especialmente desde Buenos Aires para despedirnos, preparó una paella colosal para veinte personas, honrando la tradición de los pintores españoles que mi viejo había adoptado.

Musa, el ministro de lino blanco, comía arroz con mariscos con las manos junto a Ramón el hachero, que le explicaba con señas cómo el asado de tira le había ensanchado los hombros. El herrero tocaba la guitarra y los ñandúes daban vueltas alrededor de la mesa, buscando robarse algún langostino despistado.

—Esto es la transmutación de la materia, Musa —le dije, levantando mi vaso de vino—. Empezamos con un yuyo de pasto elefante y terminamos cruzando el océano.

—En África no tenemos ñandúes, Benzacar —me respondió Musa, riéndose a carcajadas—, pero tenemos avestruces. Son más grandes y corren más rápido. Ya les vamos a enseñar a robar herramientas en la fábrica de Bambara.

Brindamos bajo las estrellas de Donadeu, iluminados por las lamparitas colgadas de los algarrobos que alimentaba nuestra usina Deutz. Por primera vez en muchos años, no sentí la soledad del candil. Sentí que el protocolo invisible de la riqueza por fin iba a tener su revancha. El quebracho santiagueño nos había entrenado para la batalla más dura; ahora estábamos listos para conquistar el mundo con chatarra inteligente y voluntad de acero.

CAPÍTULO 10: El juego del millón de dólares (y la transmutación de la burocracia)

Cuando desembarcamos en Bambara junto a Don Justo, el tornero y el herrero, entendí de inmediato que replicar la fábrica de perchas era la parte fácil. El *mopane*, esa madera africana dura como el hierro, se rindió rápidamente ante nuestro autoclave casero; quedó tan dócil, tarada y mansa como el quebracho santiagueño. El verdadero desafío no era tecnológico. El verdadero desafío era que Bambara, al igual que Santiago del Estero, estaba atrapada en el hechizo de la inercia burocrática.

En las aldeas de Bambara descubrimos algo mucho más sencillo que cualquier plan quinquenal: la gente quería que los fines de semana la comunidad pudiera juntarse a cantar y que los chicos crecieran felices. Toda la riqueza que generáramos tenía que comprar tiempo, comida y tranquilidad para que ese canto no se apagara.

Pero para alinear el Estado con ese mandato, primero teníamos que limpiar el nido de caranchos de la administración pública.

Musa, el ministro, me había preparado una ronda de reuniones con todos los políticos de Bambara: los nuevos, los viejos, los jubilados y los que aspiraban a robar en el futuro.

—Ingeniero, tiene que entrevistarlos a todos —me pidió Musa, un poco resignado—. Si no los integramos, nos van a tirar piedras en los engranajes.

Yo sabía que, desde el punto de vista técnico, escuchar los discursos de esos burócratas era soberanamente *al pedo*. Todos repetían las mismas frases hechas que habían aprendido en las universidades europeas o en los manuales del populismo local. Pero como ingeniero industrial, entiendo que la fricción social se reduce integrando a las partes. Me senté pacientemente a escucharlos a todos. Los dejé hablar, les cebé unos mates (que miraban con desconfianza mística) y, cuando terminaron de catarse en sus propias teorías abstractas, les dije:

—Muy bien, señores. Ya escuché sus diagnósticos de pizarrón. Ahora vamos a hacer una selección de personal para el nuevo cuadro administrativo del Estado. Pero no vamos a tomar exámenes de opción múltiple. Vamos a jugar.

Reuní a todos los empleados públicos del ministerio en el galpón de empaque, justo al lado de donde las avestruces locales —que ya habían aprendido de

nuestros ñandúes santiagueños— intentaban picotear los botones de las camisas de los ordenanzas.

Me paré sobre una tarima de madera de *mopane*. En la mano derecha, levanté un fajo de papeles gigantes que yo mismo había mandado a imprimir en la capital. Eran réplicas perfectas, pero caricaturescas, de un billete verde.

—¡Atención todos! —grité—. Acá tengo **un millón de dólares**. No es plata real, pero para el ejercicio de hoy vamos a pretender que sí. ¿Quién de ustedes está dispuesto a entregarme su día completo, a hacer exactamente lo que yo le ordene, a cambio de este millón de dólares? Les prometo que no van a ser abusados físicamente, pero mi palabra será su única ley.

La multitud de empleados se miró entre sí. El silencio duró cinco segundos, hasta que localicé en el fondo al tipo con la cara más sospechosa de todo el ministerio: un atorrante de manual, de esos que firman la planilla de entrada y se van a tomar café durante seis horas. Tenía los ojos pícaros y una sonrisa de “yo de esta me salvo”.

—¡Usted! —lo señalé—. Venga para acá. ¿Cómo se llama?

—Ibrahim, ingeniero —dijo, subiendo al escenario con el pecho inflado.

—Muy bien, Ibrahim. Tomá tu millón de dólares. Es tuyo. Ahora, subite a ese avión que está en la pista. Nos vamos de viaje.

Lo que Ibrahim no sabía es que yo había alquilado un bimotor de la gobernación. Volamos hacia el sur profundo, cruzamos el continente y, gracias a los contactos logísticos que me habían quedado de mis épocas en la distribuidora Chingolo, logramos aterrizar en una base científica en los hielos eternos de la Antártida.

Bajamos del avión. El viento polar soplaba a cuarenta grados bajo cero, levantando una cortina de nieve blanca que te congelaba las pestañas en un segundo. Ibrahim, vestido con su traje de lino fino de oficina de Bambara y aferrando su fajo de un millón de dólares contra el pecho, empezó a temblar como una hoja de algarrobo.

A los quince minutos, el tipo tenía los labios azules y las lágrimas se le congelaban en las mejillas. Estaba al borde de la hipotermia. El millón de dólares de papel no le servía para absolutamente nada en medio del desierto blanco.

Me acerqué despacio, abrigado con mi campera térmica de alta montaña. Saqué del bolsillo una cajita de madera pequeña, ordinaria y barata.

—Ibrahim —le dije al oído, para ganarle al ruido del viento—. Te veo con frío. Te propongo un negocio. Te cambio esta **caja de fósforos** por la mitad de tu millón de dólares. Quinientos mil por tres astillas de madera con fósforo en la punta. ¿Aceptás?

Ibrahim no lo dudó un segundo. Me revoleó la mitad del fajo, agarró la cajita con las manos congeladas y encendió un fósforo para sentir el milagro del fuego real en la punta de sus dedos.

A los otros quince minutos, el frío volvió a apretar. Desesperado por mantener la llama encendida, Ibrahim empezó a usar los otros quinientos mil dólares de papel como combustible. Quemó la efigie de los próceres impresos, uno por uno, alimentando una fogata miserable que duró lo que dura un suspiro en la inmensidad del polo. Cuando se le terminó el papel, me miró con ojos de pánico, sabiendo que se moría.

—Ingeniero, por favor, sáqueme de acá —balbuceó, tiritando.

Saqué un contrato de mi bolsillo interno.

—Firmame este documento de deuda por **veinte millones de dólares** para el pasaje de vuelta en el avión, e ingresás a la cabina calefaccionada ahora mismo.

Ibrahim firmó con el pulgar tembloroso, estampando su huella con sangre de la nariz congelada, y se metió al avión de un salto.

De vuelta en el galpón templado de Bambara, con Ibrahim ya recuperado y tomando un té caliente en primera fila, me paré frente a la asamblea de funcionarios públicos que nos esperaba con los ojos como platos.

—A ver, señores —les pregunté, paseándome por la tarima—. ¿Qué pasó acá? ¿Por qué Ibrahim, que era millonario hace tres horas, ahora me debe veinte millones de dólares y quemó toda su fortuna en el hielo?

El silencio en el galpón era tan espeso que se escuchaba el aleteo de las avestruces afuera. Lentamente, los empleados empezaron a levantar la mano para arriesgar respuestas. Y a medida que hablaban, yo iba anotando sus nombres en una pizarra, clasificándolos según la estructura mental de sus respuestas.

Los primeros en hablar fueron los **Conductistas**.

—Pasó que el frío altera las reglas de intercambio, ingeniero —dijo un joven analista—. Ibrahim reaccionó al estímulo del congelamiento. Para pelear contra el frío, la utilidad marginal del fósforo superó a la del papel moneda. Es una cuestión de estímulo y respuesta biológica.

—Muy bien —anoté en la pizarra—. Ustedes entienden la mecánica del día a día. Entienden los procesos, los engranajes y los incentivos inmediatos. Son los **Conductistas**. Sin ustedes, las máquinas de la fábrica no arrancan a horario y los camiones no se cargan.

Después, hablaron los **Estructuralistas**.

—No, ingeniero —interrumpió una mujer de mediana edad, jefa de planificación—. Lo que pasó es que el sistema financiero global está diseñado para despojar al productor de su valor real. El millón de dólares es una ficción fiduciaria creada por los bancos centrales, mientras que el fósforo representa la energía real, el stock físico. Al aislar a Ibrahim en la Antártida, usted destruyó el contexto de mercado que le daba valor al papel, forzándolo a una puja distributiva asimétrica donde el emisor de la deuda —o sea, usted— siempre gana. La única forma de pelear contra eso es cambiar las reglas estructurales del comercio exterior de Bambara.

—Brillante —dije, anotando su nombre—. Ustedes ven el bosque, no solo el árbol. Entienden el objetivo macro, la estructura del poder y hacia dónde tiene que ir el barco para cumplir el mandato social. Son los **Estructuralistas**. Sin ustedes, la fábrica produce perchas pero el país sigue siendo colonia.

Pero entonces, se produjo el verdadero milagro del juego. En el fondo del galpón, un empleado veterano, que llevaba treinta años archivando papeles polvorientos en una oficina sin ventanas, se levantó despacio. Tenía los ojos encendidos con una claridad casi mística.

—Ingeniero Benzacar... —dijo, con la voz temblorosa pero firme—. Lo que pasó en la Antártida es que nos olvidamos de quiénes somos. El millón de dólares nos hizo creer que la riqueza era el papel. Pero la verdadera riqueza de Bambara no es el dinero que nos prestan de afuera, sino la capacidad que tenemos nosotros de encender nuestro propio fuego con la madera de nuestros árboles. Si Ibrahim hubiera sabido cómo frotar dos ramas de *mopane* para calentarse, usted no le habría podido cobrar quinientos mil dólares por un fósforo, ni lo habría podido endeudar para toda la vida por el viaje de vuelta. La única forma de pelear contra la estafa del papel es domar nuestra propia materia.

Me quedé mudo. El tornero y el herrero se miraron con una sonrisa de oreja a oreja. Don Justo asintió despacio, dándole un codazo mudo a Musa.

—Usted... —lo señalé con el dedo, sintiendo un escalofrío que no tenía nada que ver con la Antártida—. Usted tiene la capacidad de fundir la técnica del conductista con la visión del estructuralista. Usted puede agarrar la idea abstracta de la prosperidad y amasarla con el barro de la realidad hasta convertirla en un motor que marche. Usted es un **Apóstol**.

Ese día nació el nuevo cuadro administrativo de Bambara.

No seleccionamos a los funcionarios por acomodo político, ni por parentesco con los caudillos locales, ni por títulos pomposos de universidades extranjeras que no sabían lo que era un hacha. Los seleccionamos por atributos reales: los **Conductistas** a manejar la logística y el control de calidad de las perchas; los **Estructuralistas** a diseñar las leyes de protección industrial y los canales de comercialización; y los **Apóstoles** —esos pocos locos capaces de fundir las ideas— a liderar los ministerios y a llevar el fuego de la transformación a cada rincón del país.

La burocracia de Bambara dejó de ser un cementerio de expedientes para convertirse en una usina de energía social. Por primera vez en la historia de África Occidental, un Estado se organizó no para cumplir con las metas del Fondo Monetario, sino para garantizar que se cumpliera el mandato social de su gente.

El fin de semana siguiente a la reforma, la usina de la fábrica de *mopane* funcionaba a pleno, alimentando las copiadoras que escupían perchas para todo el continente africano. Pero a las seis de la tarde, apagamos los motores de vidia.

El silencio del monte africano fue ocupado inmediatamente por un sonido colosal. La comunidad entera de Bambara se reunió en la plaza del pueblo. Había hogueras gigantes alimentadas con los descartes de la madera *tarada*. Los pibes, fuertes y con los ojos brillantes por la proteína que ahora abundaba en sus platos, corrían persiguiendo a las avestruces domésticas bajo la luz de las lamparitas que nosotros mismos habíamos colgado de los árboles.

Y entonces, la gente empezó a cantar. Un canto polifónico, potente, rítmico, que hacía vibrar la tierra roja de la sabana y que se elevaba hacia el cielo estrellado como un monumento de pura energía transformada.

Musa se acercó a mí con un jarro de cerveza local y me dio una palmadita en el hombro.

—¿Siente eso, Benzacar? —me preguntó, con los ojos húmedos—. Ese es el mandato social de mi pueblo. Está funcionando.

Miré el fuego, miré a los pibes felices, escuché la armonía del canto y me acordé de mi viejo, de mi vieja Ruth, de las paellas de los domingos en Barrio Norte y de las noches de candil en el barro de Donadeu. Habíamos cerrado la ecuación. El stock del mundo se había unido a nuestra capacidad de transformación, y el resultado no se medía en las planillas de los bancos de la city porteña.

Se medía en pesos por kilo de pura felicidad humana.